

JUAN BARJOLA, O EL SER VISTO COMO DISGREGACION

Juan Ramírez de Lucas

Una salida a El Toboso, otra a San Patricio. Hay yerbas secas, como de rastrojo, en medio de calvas blancas de yeso endurecido; yerbas quemadas que ponen un negro carbonizado entre los cascotes. Rincones de detritus en los que se amontonan los envases de plástico de los detergentes, envases que tienen casi siluetas humanas. Un árbol alto y solitario ha sido apedreado sin ninguna piedad, como si se tratase de cualquier perro callejero; bajo sus tronchadas ramas están las pruebas de la lapidación, que componen una escalofriante estampa de martirologio: San Esteban vegetal.

Pocos perros por las cercanías, miran medrosos y desconfiados desde las esquinas más libres. Igual miran los mendigos; las mujeres que tienen algo parcial que alquilar, no, esas miran con insolencia, con la misma insolencia que los obreros de la construcción muestran sus torsos desnudos, sus espaldas quemadas. Hay músicas ramplonas que se repiten en todas las ventanas abiertas, las mismas que giran en el girasol de espejitos de la "noria" gigante. Encima de todas las casas de arquitectura reciente y deleznable, crecen unos extraños ramajos desconocidos hasta hace poco; forma casi bosques esta especie entre vegetal y metálica a la que llaman "antenas de la tele".

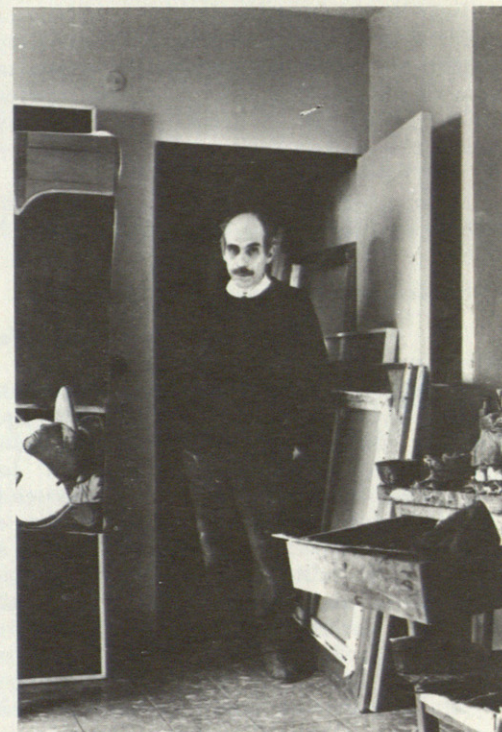
Es la ciudad, pero no es paisaje urbano; es el campo, pero sin ninguna de sus bellezas naturales. Es el suburbio. En uno de esos suburbios madrileños tiene Juan Barjola su taller de pintar; el llamarle "estudio" podría conducir a confusionismos. Se trata de un piso de casa modesta en el que han sido quitados casi todos los tabiques, repleto de cuadros amontonados y oliendo ostensiblemente a aguarrás, como si estuviésemos en un bosque de pinos de las Navas del Marqués. No es que el pintor haya elegido ese entorno subciudadano para el lugar donde trabaja y sueña, donde trabaja y sufre; ha resultado así por esos misterios inexplicables, o tal vez subconscientes, pero es justo el entorno ambiental que va acorde con la pintura de Juan Barjola.

Con su pintura desgarrada, lacerante, honda, antiesteticista, desesperada, cachonda, contenida, asordada, que denuncia aún mucho más de lo que se ve y que calla aún mucho más de lo que quisiera. Por ello, el hecho de que la estación de "Metro" más próxima al "taller" de Barjola tenga una salida a El Toboso y otra a San Patricio, no deja de tener su simbolismo a escala nacional: El Toboso, espejismo de engañoso ideal que a nada conduce, y San Patricio, sin comentarios. Entre los dos espejismos, ese trozo de humanidad doliente, ese trozo de España, que aún, en tantos aspectos, sigue siendo invertebrada, trágica, sin esperanza de solución. Dos salidas para casi ningún sitio.

Cada pintor pinta la temática que mejor encaja con su manera de ser, con la sincera intimidad de su ser, con su manera de ver el "ser". Juan Barjola no pinta por capricho (lo que sería frivolidad), ni pinta como pinta por moda (lo que sería insincero). Juan Barjola

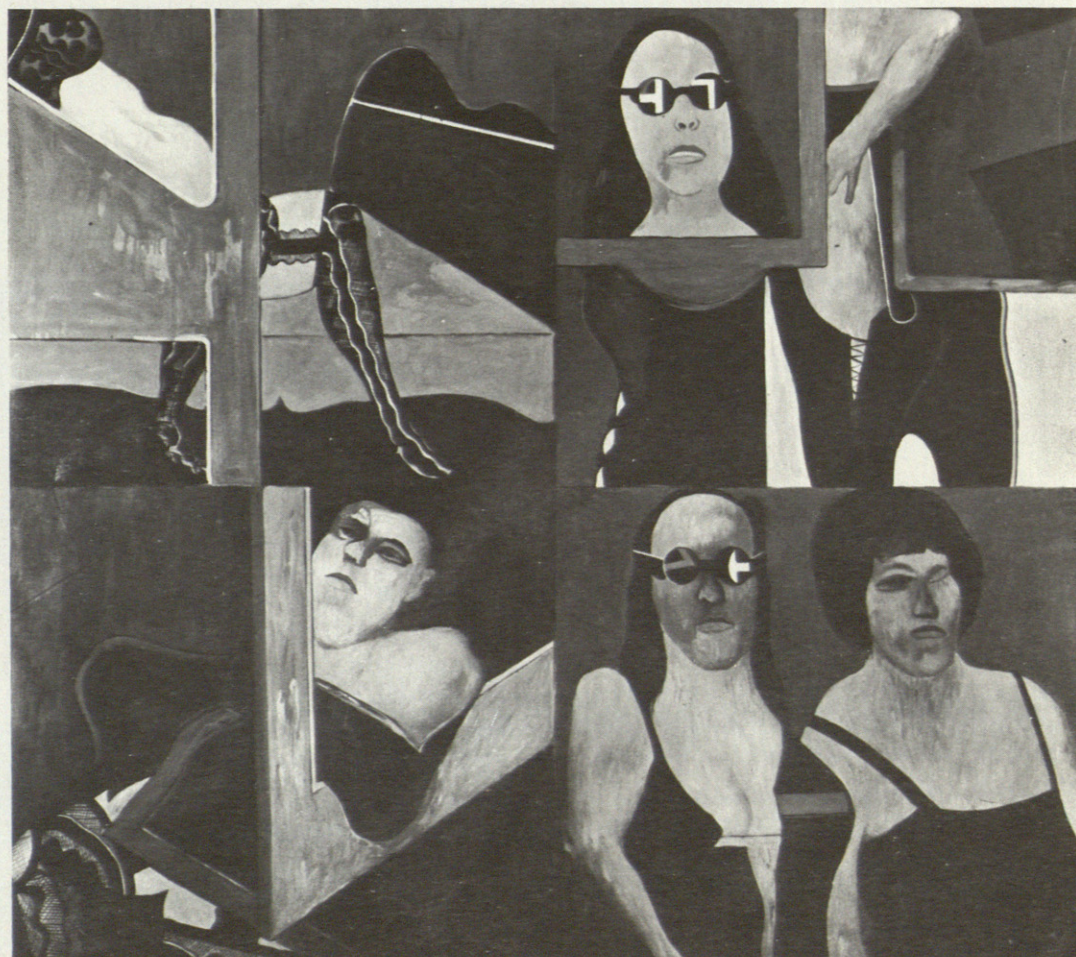
pinta así porque no puede pintar de otra manera (aunque quisiera). El es hijo de la Tierra ("Nuestra madre, la hermana tierra" titula uno de sus últimos cuadros), de una tierra que por serlo tanto llaman "Tierra de Barros", allá por la Extremadura más dura. Tierra de labriegos que conocen todas las inclemencias de la vida y pocas de sus satisfacciones, oprimidos por estructuras sociales en muchos aspectos medievales. Pobreza y resignación, a la fuerza. La familia de Juan Barjola también era de esa clase de campesinos, pero hasta en las rocas puede nacer una flor, algo imprevisto.

Juan Barjola era niño no fuerte corporalmente, callado, silencioso, de mirada tierna y sorprendida, que prefería subirse solo al "doblao" (localismo para denominar el granero familiar) a leer, a dibujar, a soñar, que marchar con los otros muchachos de su edad a los juegos callejeros, tantas veces violentos y crueles. Por entonces él no sabía lo que significa ser introvertido, pero él lo era: reflexivo, tímido, modesto en sus maneras, pensador, fantaseador, vertido al interior de su ser al que interrogaba, sin saber los porqués, ni los para qué. Pintaba los muchachos de su calle, los perros, que a veces salían del vientre abierto de los burros.



Barjola en su estudio de Madrid.

Nuevo retablo de las maravillas.



En Torre de Miguel Sesmero, pueblo de la Tierra de Barros de unos 2.000 habitantes, en el pueblo en donde nació Juan Barjola, sólo había escuela de primera enseñanza y por supuesto nada de nada de instrucción artística. Juan Barjola resulta, por tanto, eso que se llama un caso de vocación artística; vocación que podría haberse malogrado también al no ser porque los ángeles existen, al menos para algunos artistas. El ángel, el mensajero, que indicó el camino a Juan Barjola se llamaba Julio Núñez y era pintor aficionado que vivía en Madrid y pasaba los veranos en el pueblo extremeño. A él le debió Barjola los primeros pinceles, los primeros tubos de color, las primeras nociones. Los progresos encaminaron al muchacho a la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz, la más cercana.

—Me ponía enfermo al querer dibujar los "yesos"; pintaba unas cosas muy raras en el "Ingres", los profesores se desesperaban conmigo.

La realidad actual le ha venido a dar la razón a Barjola y a quitársela a los que se empeñaban en que todos copiasen modelos de escayola como "formación" artística. La etapa siguiente es Madrid: Escuela de Artes y Oficios de la calle de la Palma, Círculo de Bellas Artes, siempre por libre. Un profesor, el único, que recuerda con gratitud: José Nogué. La formación académica se completaba con la labor en la calle, con los dibujos en "El Casón". Barjola vivía de vender dibujos de las más variadas especies y su vida no era nada fácil, ni nada cómoda.

—Pasaba más frío que Dios talento.

Primera exposición en la Sala "Abril" de Madrid, al final de los años 50. Desde entonces, más de 30 exposiciones por muy diversos países. Catorce premios, a veces tres por año, lo que no deja de constituir un récord, sobre todo tratándose de una pintura nada amable, nada aduladora. El secreto de todo ello es que se trata de pintura "verdad", de pintura de la verdad, por lo menos de una parte de la verdad muy evidente del tiempo que vive el pintor.

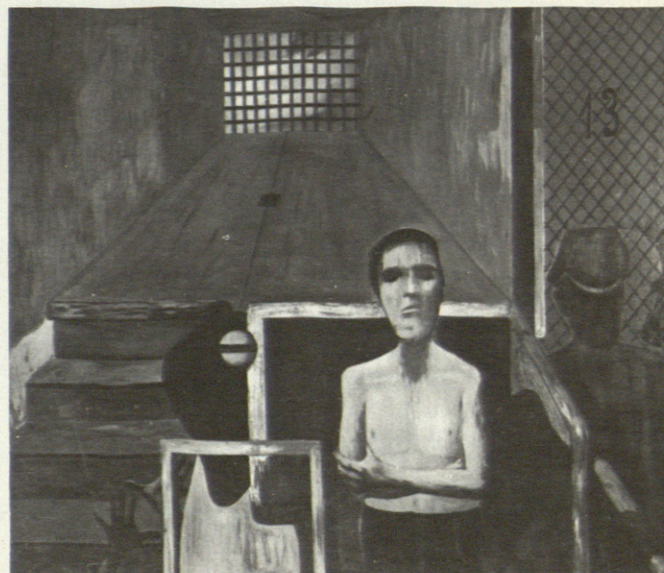
Esas pobres furcias de bragas amarillas, espatarradas encima de las colchas arrugadas, con una de las piernas calzando aún la media negra de encaje (¡pobres blondas tradicionales, en lo que han venido a parar!); esos picadores con caras de leñadores, derrumbados en la brutalidad de los cuernos y las pezuñas; esos jefes de negociado de piernas canijas y vientre que rebosan los cinturones; esas damas que presiden mesas petitorias y roperos para huérfanos; esos detenidos que conducen nunca se sabe dónde, que encierran nunca se sabe cuánto tiempo; esos perros vagabundos con rostros casi humanos, esos niños ausentes y anémicos. Todos esos son los personajes de Barjola, un mundo sin ninguna clase de fe, y no por culpa de ellos, que pululan como partículas del cosmos que son, ni más, ni menos.

Juan Barjola podría haber suscrito aquellas lúcidas palabras de aquel frenético pintor que consumió su vida pintando, de aquella criatura desgraciadísima y sobrenatural que se llamó Vicent Van Gogh: "Mi gran deseo es aprender a hacer tales inexactitudes, tales anomalías, tales modificaciones, tales cambios de la realidad, que de ahí salgan mentiras, si se quiere, pero más verdaderas que la verdad literal".

Con permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide.



Tauromaquia.



Preparativos de un gran experimento.